

RUTA SEPETYS

Autora de *Entre tonos de gris*

El color de los sueños

Una joven alza el vuelo gracias
a la inspiración de los libros

Traducción:

ÁLVARO ABELLA



MAEVA

«No hay belleza perfecta que no tenga alguna rareza en sus proporciones.»

—*Sir* Francis Bacon

1

Mi madre es una prostituta. No de esas rastreras que hacen la calle. La verdad es que es muy guapa, habla bastante bien y viste ropa bonita. Pero se acuesta con hombres a cambio de dinero o regalos, lo cual, de acuerdo al diccionario, la convierte en una prostituta.

Empezó a dedicarse a esto en 1940, cuando yo tenía siete años, el año que nos mudamos de Detroit a Nueva Orleans. Tomamos un taxi que nos llevó directamente desde la estación de tren a un lujoso hotel en St. Charles Avenue. Madre conoció a un tipo de Tuscaloosa en el vestíbulo mientras tomaban una copa. Me presentó como su sobrina y le contó al hombre que me estaba acompañando para llevarme de nuevo junto a su hermana. Me guiñaba el ojo todo el rato y me dijo en voz bajita que me compraría una muñeca si le seguía la corriente y la esperaba. Aquella noche dormí en el vestíbulo, soñando con mi muñeca nueva. A la mañana siguiente, Madre se instaló en una gran habitación en el hotel, con ventanas altas y jaboncitos redondos que olían a limón. Recibió una caja de terciopelo verde con un collar de perlas de parte del hombre de Tuscaloosa.

—Josie, esta ciudad nos va a tratar bien —dijo Madre, desnuda de cintura para arriba frente al espejo, admirando sus perlas nuevas.

Al día siguiente, un chofer de piel oscura llamado Cokie llegó al hotel. Madre había recibido una invitación para visitar a alguien importante en el Barrio Francés. Me obligó a darme un baño e insistió en que me pusiera un vestido bonito. Incluso

me colocó un lazo en el pelo. Parecía una tonta, pero no le dije nada a Madre. Solo sonreí y asentí.

—Mira, Josie, tienes que quedarte calladita. Llevo tiempo esperando esta llamada de Willie, y no necesito que la lées con tu tozudez. No hables a menos que se dirijan a ti. Y, por lo que más quieras, no empieces con tu costumbre de tararear. Das miedo cuando haces eso. Si te portas bien, te compraré algo muy especial.

—¿Como una muñeca? —pregunté, con la esperanza de refrescarle la memoria.

—Claro, cariño, ¿te gustaría una muñeca? —dijo, terminando de extenderse el pintalabios y lanzando un beso al aire frente al espejo.

Cokie y yo nos caímos bien desde el principio. Conducía un antiguo taxi pintado de gris, como la niebla. Si mirabas con atención, podías ver el fantasma de las letras TAXI en la puerta. Me ofreció un par de caramelos Mary Jane y un guiño que decía: «Paciencia, pequeña». Cokie silbaba por los huecos que tenía entre los dientes mientras nos llevaba a ver a Willie en su coche. Yo tarareaba, deseando que el *toffee* del caramelo me arrancara un diente. Era la segunda noche que pasábamos en Nueva Orleans.

Nos detuvimos en Conti Street.

—¿Qué sitio es este? —pregunté, estirando el cuello para mirar el edificio amarillo claro con balcones de enrejado negro.

—Es la casa —dijo Cokie—. La casa de la señora Willie Woodley.

—¿La señora? ¡Pero si Willie es un nombre de chico! —dije.

—Ya basta, Josie. Willie es un nombre de mujer. Ahora, ¡cállate! —me ordenó Madre, dándome un golpe en el muslo. Se alisó el vestido y toqueteó su peinado mientras murmuraba—: No pensaba que iba a estar tan nerviosa.

—¿Y por qué estás tan nerviosa? —pregunté.

Me agarró de la mano y tiró de mí acera arriba. Cokie me saludó inclinando su gorra. Sonreí y me despedí agitando la mano. Las cortinas de la ventana delantera de la casa se corrieron, ocultando una figura misteriosa iluminada por un brillo ámbar tras el cristal. La puerta se abrió antes de que llegáramos.

–Tú debes de ser Louise –dijo una mujer a Madre.

Otra mujer morena con un vestido de noche de terciopelo permanecía apoyada en la puerta. Tenía un pelo hermoso, pero sus uñas estaban mordidas y desgastadas. Las mujeres baratas no se cuidan las uñas. Lo aprendí en Detroit.

–Te está esperando en la sala, Louise –dijo la morena.

Una larga alfombra roja se extendía desde la puerta hasta una alta escalera, trepando por encima de cada escalón. La casa era opulenta, llamativa, con paredes empapeladas de brocado verde oscuro y lámparas con cristales negros colgando de pantallas poco iluminadas. En las paredes del recibidor había cuadros de mujeres desnudas con pezones rosados. El humo de cigarrillos se mezclaba con Eau de Rose rancio. Pasamos junto a un grupo de chicas que me acariciaron la cabeza mientras me llamaban «cariño» y «muñequita». Recuerdo que, al verlas, me pareció como si alguien les hubiera restregado sangre en los labios. Entramos en la sala principal.

Lo primero que vi fue su mano, venosa y pálida, aferrada al brazo de un sillón orejero tapizado. Sus uñas, rojo brillante como semillas de granada, podrían explotar un globo de un zarpazo veloz. Racimos de oro y diamantes adornaban casi todos sus dedos. La respiración de Madre se aceleró.

Me acerqué a la mano, mirándola fijamente, avanzando por detrás del respaldo del sillón y dirigiéndome hacia la ventana. Unos tacones negros asomaban bajo una falda rígida y entallada. Sentí que el lacito de mi pelo se caía a un lado de la cabeza.

–Hola, Louise.

La voz era áspera y tenía mucho rodaje. Llevaba el pelo rubio platino recogido con un broche con las iniciales W.W. grabadas. Los ojos de la mujer, perfilados de negro oscuro, mostraban arrugas asomando por los ángulos. Sus labios eran de color escarlata, pero no rojo sangre. Debió de ser hermosa en el pasado.

La mujer me miró, y luego por fin habló:

–He dicho «Hola, Louise».

–Hola, Willie –dijo Madre, tirando de mí para ponerme frente al sillón–. Willie, esta es Josie.

Sonreí y doblé mis piernas llenas de postillas ofreciéndole mi mejor reverencia. La mano de las uñas rojas me despachó rápidamente indicando el sofá que tenía enfrente. Su pulsera sonó tocando una melodía discordante.

—Así que has vuelto.

Willie sacó un cigarrillo de una pitillera de nácar y le dio unos golpecitos sobre la tapa.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo, Willie. Seguro que lo entiendes.

Willie no dijo nada. Un reloj en la pared balanceaba su péndulo al ritmo del tictac.

—Tienes buen aspecto —comentó finalmente Willie, todavía golpeando el cigarrillo contra la pitillera.

—Me cuido —dijo Madre, reclinando la espalda en el sofá.

—Te cuidas... sí. Me han dicho que anoche te hiciste a un pipiolo de Tuscaloosa.

La espalda de Madre se tensó.

—¿Te has enterado del de Tuscaloosa?

Willie la contempló, en silencio.

—Vamos, no era un cliente, Willie —dijo Madre, bajando la vista a su regazo—. Solo un tipo simpático.

—Un tipo simpático que te compró esas perlas, supongo —dijo Willie, golpeando cada vez más fuerte su cigarrillo contra la pitillera.

Madre se llevó la mano al cuello, y palpó las perlas.

—Mira, el negocio va bien —dijo Willie—. Los hombres piensan que vamos a ir a la guerra. Si eso es cierto, todo el mundo querrá darse un último homenaje. Trabajaríamos bien juntas, Louise, pero... —señala con la cabeza en mi dirección.

—Oh, es una buena chica, Willie, y es requetelista. Hasta ha aprendido a leer sola.

—No me gustan los niños —soltó Willie, clavándome sus ojos.

—A mí tampoco me gustan mucho —dije yo, encogiéndome de hombros.

Madre me pellizcó en el brazo, con fuerza. Sentí que se me abría la piel. Me mordí el labio e intenté no poner cara de dolor. Madre se enfadaba cuando me quejaba.

—¿En serio? —dijo Willie sin dejar de mirarme—. Entonces, ¿qué haces... si no te gustan los niños?

—Bueno, voy al colegio. Leo. Cocino, limpio y preparo martinis para Madre.

Sonreí a Madre mientras me frotaba el brazo.

—¿Limpias y preparas martinis? —Willie alzó una ceja puntia-guda. De pronto, su gesto de desprecio se desvaneció—. Llevas el lazo torcido, niña. ¿Siempre has sido tan flacucha?

—Durante unos años no me encontré muy bien —se apresuró a decir Madre—. Josie es muy ingeniosa, y...

—Ya lo veo —comentó Willie con poco entusiasmo, todavía golpeando su cigarrillo.

Me acerqué un poco más a Madre y dije:

—Me salté todo primero y empecé el colegio en segundo curso. A Madre se le pasó que tenía que ir a la escuela... —El pie de Madre me golpeó en el tobillo—. Pero no importó mucho. Dijo en el colegio que nos acabábamos de mudar a la ciudad, y empecé directamente en segundo.

—Así que te saltaste el primer curso —dijo Willie.

—Sí, señora, y no creo que me haya perdido nada importante.

—No me llames señora. Me llamo Willie, ¿entendido?

Se revolvió en la silla. Me fijé en algo que parecía la culata de un revólver encajado en el lateral del cojín del sillón.

—Sí, doña Willie —contesté.

—Doña Willie, no. Willie a secas.

—Pues ahora que lo comenta, Willie —dije, mirándola fijamente—, yo prefiero que me llamen Jo, y, sinceramente, no me gustan mucho los lazos.

Me quité el lazo de mi espesa melenita castaña y alcancé el mechero de la mesa.

—No he pedido fuego —dijo Willie.

—No, pero ha dado cincuenta y tres golpecitos a su cigarrillo... ahora cincuenta y cuatro, así que pensé que querría fumárselo.

Willie suspiró.

—Está bien, Jo, enciéndeme el cigarrillo y sítveme un escocés.

—¿Solo o con hielo? —pregunté.

Abrió la boca sorprendida, luego la volvió a cerrar.

—Solo.

Me observó mientras le prendía el cigarrillo.

—Bien, Louise —dijo Willie al tiempo que una larga bocanada de humo formaba una voluta sobre su cabeza—. Has conseguido liarla bien esta vez, ¿eh?

Madre suspiró.

—No puedes quedarte aquí, no con una niña. Tendrás que buscarte un sitio para vivir —añadió Willie.

—No tengo dinero —dijo Madre.

—Mañana por la mañana vende esas perlas en mi casa de empeños, así tendrás algo de dinero para gastos. Hay un pisito en Dauphine Street que alquilaba uno de mis corredores de apuestas. El muy idiota consiguió que le pegaran un tiro la semana pasada. Ha estirado la pata y no necesitará el piso. El alquiler está pagado hasta el día treinta. Haré algunas gestiones, y ya veremos dónde acabas a finales de mes.

—De acuerdo, Willie —dijo Madre.

Le di la bebida a Willie y volví a sentarme, colando el lazo bajo el sofá de una patadita.

Willie dio un sorbo y asintió.

—Sinceramente, Louise, ¿una camarera de siete años?

Madre se encogió de hombros.

Aquello fue hace diez años. Nunca me compró la muñeca.

2

Pensaban que no podía oír sus cuchicheos, sus risitas. Llevaba diez años oyéndolos. Crucé Conti Street en dirección a Chartres, con mi libro apretado bajo el brazo. La vibración de mi tarareo me aislaba del sonido. Cortesana, furcia, ramera, puta. Los había escuchado todos. De hecho, era capaz de mirar a alguien y predecir cuál iba a emplear.

«Hola, Josie», decían con una media sonrisa, seguida de un suspiro y a veces un meneo de cabeza. Actuaban como si sintieran lástima de mí, pero, en cuanto estaban a diez pasos de distancia, oía una de esas palabras, seguida del nombre de mi madre. Las mujeres adineradas hacían como si se les quemara la lengua al decir «puta». Susurraban la palabra alzando las cejas. Luego simulaban una expresión de conmoción, como si la palabra misma se hubiera deslizado hasta sus bragas para pegarles la gonorrea. No tenían por qué sentir lástima por mí. Yo no era como Madre para nada. A fin de cuentas, Madre solo era una mitad de la ecuación.

—¡Josie! Espérame, chica yanqui.

Frankie, uno de los informadores de Willie, estaba a mi lado, inclinando su cuerpo alto y sinuoso sobre mí.

—¿Qué prisa tienes? —me preguntó, chupándose los dedos y alisándose el cabello grasiento.

—Tengo que ir a la librería —dije—. Llego tarde al trabajo.

—¡Cristo! ¿Qué haría el viejo Marlowe sin ti? ¿Le das su papilla de frutas a cucharadas? Me han dicho que está para morirse.

—Está bien vivo, Frankie. Solo está... jubilado —contesté, lanzándole una mirada de reprobación.

—Ooh, te pones a la defensiva. ¿Tienes algo con Marlowe?

—¡Frankie!

¡Qué idea más horrible! Charlie Marlowe no solo era un anciano, era como de la familia.

—O quizá tengas algo con su hijo, ¿es eso? Le has echado el ojo a Junior para poder heredar ese antro polvoriento lleno de libros que tanto te gusta.

Me dio un codazo y se rio.

Yo me detuve y le pregunté:

—¿Quieres algo, Frankie?

Tiró de mí hacia delante, y bajó la voz.

—Pues la verdad es que sí. ¿Puedes decirle a Willie que me ha llegado el rumor de que Cincinnati viene a la ciudad?

Un escalofrío recorrió mi epidermis. Intenté mantener el paso firme.

—¿Cincinnati?

—¿Se lo dirás, Josie?

—No voy a ver a Willie hasta la mañana, ya lo sabes —dije.

—¿Sigues sin acercarte por su casa cuando cae la noche? ¡Chica lista! Bueno, cuéntale que Cincinnati está por aquí. Le gustará saberlo.

—Espero que no se me olvide —dije, abriendo la palma de mi mano.

—Oooh. ¡Serás pedigüeña!

—Negociante —le corregí—. Recuerda, a Willie no le gustan las sorpresas.

—No, no le gustan —dijo, rebuscando en su bolsillo—. ¿Qué haces con toda esta pasta, Josie? Sería mucho más fácil si te levantarás la falda.

—Solo me levantaría la falda para sacar mi pistola y volarte la cabeza.

Lo que hacía con mi dinero no era asunto de Frankie. Me iba a marchar de Nueva Orleans. Mi plan incluía el billete de autobús y reservas de dinero para cubrir un año entero de gastos,

tiempo suficiente para salir adelante. Un libro de negocios que leí en la librería decía que siempre era mejor tener ahorros por lo menos para doce meses. En cuanto tuviese el dinero, decidiría adónde ir.

—Está bien, está bien —dijo—. Ya sabes que solo estoy de broma.

—Oye, Frankie, ¿por qué no me compras un libro en la tienda?

—Sabes que no me gusta leer, chica yanqui. No te pienses que a todo el mundo le gusta leer tanto como a ti. ¿Qué llevas bajo el brazo esta vez?

—E. M. Forster.

—Nunca he oído hablar de él. —Agarró mi mano y dejó unas monedas en la palma—. Toma, ahora no te olvides de decírselo. No me pagará si te olvidas.

—¿Sabes cuándo llegará a la ciudad o dónde se va a meter? —pregunté.

—No, aún no. Por lo que sé, podría estar ya aquí. —Frankie se movió nervioso y miró a sus espaldas—. Nos vemos, niña.

Me recogí la falda y aceleré el paso hacia la librería. Habían pasado dos años desde el incidente. Cincinnati no había vuelto al Barrio Francés, y nadie lo echaba en falta. Él siempre aseguraba que trabajaba al margen de la ley para Carlos Marcello, el padrino de la mafia de Nueva Orleans. Nadie lo creía, pero tampoco nadie se atrevía a cuestionárselo a la cara. Cincinnati vestía con orgullo trajes caros —que no eran precisamente de su talla—. Se rumoreaba que robaba la ropa de los cadáveres de la gente a la que había asesinado para Carlos Marcello. Cokie decía que daba mal fario ponerse la ropa de un muerto.

Carlos Marcello dirigía el sindicato local y era propietario de tierras a las afueras del municipio de Nueva Orleans. Los lugareños comentaban que Marcello llenaba sus manglares de caimanes y lanzaba allí sus cadáveres. Un cartero le contó una vez a Cokie que había visto zapatos flotando en las turbias ciénagas. Willie conocía a Carlos Marcello. Le enviaba chicas a su motel, el Town and Country, cuando las cosas estaban a tope

en la casa de Conti. Allí fue donde Madre conoció a Cincinnati.

Cincinnati se encaprichó de Madre. Le compraba regalos caros y decía que era igualita que Jane Russell, la que salía en las revistas de Hollywood. Supongo que eso significaba que yo también me parecía a Jane Russell, pero a una Jane Russell sin maquillaje, sin ropas bonitas ni peinados de moda. Nuestros ojos marrones estaban bastante separados, teníamos frentes anchas, una revuelta mata de pelo oscuro y unos labios que siempre parecían carnosos.

Madre estaba loca por Cincinnati, incluso alguna vez llegó a decir que estaban enamorados. A veces Madre es tan estúpida que me da vergüenza. Ya era bastante malo que se lo hiciera con un criminal como Cincinnati, pero, ¿enamorarse de él? Patético. Willie odiaba a Cincinnati. Yo lo despreciaba.

Corté por la callejuela cerca del joyero, esquivando a un hombre que meaba en la pared. Usé a E. M. Forster para espantar el olor a roble mohoso de mi cara mientras pasaba apresurada sobre los adoquines mojados. Si el Barrio Francés olía así de mal cuando hacía frío, en primavera apestaría y para el verano, simplemente, estaría podrido. Subí por Toulouse hacia Royal y oí a Blind Otis cantando un blues; marcaba el ritmo con el pie y pasaba un cuchillo de untar por las cuerdas metálicas de su guitarra.

Los dueños de bares y restaurantes estaban subidos a escaleras, decorando sus puertas y escaparates para las festividades de esa noche. Cuando dieran las doce, por fin llegaría 1950. Una efervescencia de emoción flotaba en las calles. La gente estaba ansiosa por dejar la década, y la guerra, atrás. Una pareja de enamorados pasó frente a mí en busca de un taxi mientras un hombrecito de ropas andrajosas apoyado en un edificio exclamaba «aleluya» una y otra vez.

La última vez que Cincinnati estuvo en la ciudad, se emborrachó y pegó a Madre. Willie derribó la puerta de una patada y le disparó un tiro, que le rozó la pierna. Llevé a Madre al hospital en el taxi de Cokie. Cuando estuvo sobrio, Cincinnati tuvo las agallas de presentarse en el hospital. Le tiré una taza de café

ardiendo encima y le dije que iba a llamar a la poli. Se marchó de la ciudad cojeando, pero no sin prometer que volvería. «Tú espera», murmuró, pasándose la lengua por los dientes. «Ya te pillaré, Josie Moraine.»

Me sacudí de encima los escalofríos.

—¡Eh, tú, la de Motor City!*

Me giré hacia la voz. Jesse Thierry estaba sobre su moto, mirándome desde la otra acera. Jesse era muy callado y normalmente solo se comunicaba mediante un gesto o una sonrisa. A veces tenía la sensación de que me espiaba, lo cual era ridículo, porque a Jesse Thierry no le pegaba nada estar interesado en alguien como yo. Él podría ser una persona discreta, pero su aspecto denotaba todo lo contrario. Era llamativo y atrevido, de un modo que me hacía sentir incómoda. A los demás no les resultaban inquietantes las pintas de Jesse. Los turistas se quedaban mirándolo. Constantemente tenía chicas detrás de él.

—¿Quieres que te dé una vuelta? —preguntó.

Meneé la cabeza.

—¡Yo sí que quiero una vuelta, Jesse! —dijo una rubia a su lado. Jesse la ignoró.

—¿Estás segura, Jo?

—Segura. Gracias, Jesse.

Asintió, arrancó la moto y salió a toda pastilla, dejando a las chicas en la acera.

El ruido disminuyó cuando doblé la esquina de Royal. El cartel azul marino con letras doradas apareció ante mi vista, colgado de un garfio de hierro forjado sobre la puerta: LIBRERÍA MARLOWE. Por el escaparate, vi a Patrick sentado en el mostrador. La campanilla sonó encima de mi cabeza cuando entré en el local, y me rodeó el relajante olor a papel y polvo.

—¿Cómo está hoy? —pregunté.

—Hoy tiene un buen día. Se sabía mi nombre. Por un instante he creído que hasta recordaba que soy su hijo —dijo Patrick, reclinándose en su silla de siempre tras el mostrador.

* Apodo con el que se conoce a la ciudad de Detroit. (N. del T.)

—¡Genial!

Lo dije de todo corazón. Algunos días, el señor Marlowe no reconocía a Patrick. A veces lo insultaba, e incluso le tiraba cosas. Esos eran los días malos.

—Tu amigo Cokie se pasó por aquí —comentó Patrick—. Me pidió que te diera esto.

Deslizó un papel doblado sobre el mostrador.

Lo abrí.

CINCYNATTY

Estaba escrito con la letra temblorosa de Cokie.

—No lo he leído, pero creo que quiere decir Cincinnati —comentó Patrick.

—Así que no lo has leído, ¿eh?

Patrick acababa de cumplir los veintiuno, pero todavía vacilaba como un muchacho que tira a las chicas de las coletas en los recreos.

—No sabe deletrearlo —dijo con una sonrisa—. ¿Se va a Cincinnati?

—Mmm... debe de ser eso. ¿Me has guardado un periódico?

Señaló un ejemplar del *Times-Picayune*, bien doblado sobre mi silla.

—Gracias, en un minuto me pongo a la faena —le dije.

—La verdad, Jo, el *Picayune* es muy aburrido. No ponen noticias del Barrio Francés adrede y además...

La voz de Patrick se fue apagando mientras me abría paso entre las altas estanterías llenas de libros hacia la inestable escalera al fondo de la tienda. Poseía mi propio apartamento desde los once años. A decir verdad, no era exactamente un apartamento, al menos no al principio. Era un despachito con un cuarto de baño anexo. Llevaba durmiendo en la librería desde los diez, cuando a Madre empezaron a darle sus ataques y me zurraba con un paraguas sin ningún motivo aparente. Pronto descubrí que ella era más feliz cuando yo no rondaba cerca. Así

que me escondía en la librería justo antes de que cerrara y dormía bajo el gran escritorio del despacho.

El día que cumplí los once, subí por las escaleras después de que cerraran la tienda. Alguien había transformado el despacho. Habían limpiado las ventanas y las paredes. El escritorio seguía allí, pero se habían llevado todas las cajas y había una cama, un pequeño vestidor e incluso unas estanterías en la esquina. De una barra encima de la ventana abierta colgaban cortinas de flores, y entraba la música de Bourbon Street. De un clavo colgaba una llave solitaria. Habían instalado una cerradura en la puerta y vi un bate de béisbol apoyado en la cama. Jamás hablamos del arreglo. Simplemente, empecé a trabajar para el señor Marlowe en su tienda a cambio de alojamiento.

Abrí la puerta y me deslicé dentro, volviéndola a cerrar rápidamente. Me puse a cuatro patas y levanté un tablero del suelo, debajo de mi cama. Palpé con los dedos hasta tocar la caja de puros. Metí dentro las monedas de Frankie y volví a colocar el tablero en su sitio. Salí de debajo de la cama y cerré las cortinas. Luego, abrí la nota de Cokie.

CINCYNATTY

3

—**A**hora mismo vuelvo —le dije a Patrick cuando bajé a la tienda.

—Oh, vamos. ¡Que es Nochevieja! —protestó.

—Solo es la una.

—Pero tengo cosas que hacer —dijo.

—Será solo un minuto —le dije, y salí por la puerta a toda prisa.

Crucé corriendo la calle hacia el restaurante de Sal. Willie era una buena clienta, y Sal me dejaba usar su teléfono cuando lo necesitaba. La verdad es que Willie era buena clienta en muchos sitios y, por fortuna, esos privilegios me incluían a mí.

—Hola, Maria —saludé a la camarera y señalé el teléfono del fondo. Ella asintió.

Descolgué el aparato y marqué HEmlock 4673.

Dora contestó tras un solo tono con su falsa voz sedosa.

—Soy Jo. Necesito hablar con Willie.

—Mira, cariño, ahora está descansando.

¿Descansando? Willie nunca se echaba la siesta.

—Despiértala.

Dora dejó el auricular y oí sus pasos resonar sobre los tablo-
nes del suelo y perderse mientras iba a buscar a Willie. Por el
modo en que los tacones rebotaban contra sus tobillos, pude
adivinar que llevaba las sandalias de plumas rojas que se compró
por catálogo de Frederick's, en la Quinta Avenida. Retorcí el
cable del teléfono, que se resbalaba entre mis dedos. Me sudaban
las manos. Me sequé la humedad en la falda.

—«Buttons and Bows» —dijo Willie, sin molestarse en decir hola.

—¿Qué?

—La canción que estabas tarareando. Es «Buttons and Bows». Mira, necesito un poco de paz antes de que las paredes empiecen a temblar. ¿Qué demonios tienes que decirme que es tan importante?

—Cincinnati.

La línea se quedó en silencio en el lado de Willie. Oí el clic y el encendido de su mechero de plata y luego una larga respiración mientras inhalaba y exhalaba el humo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Frankie —respondí—. Me vio después de salir de tu casa. Iba de camino a la librería.

—¿Cuándo llega? —preguntó Willie.

—Dijo que no lo sabía, solo que Cincinnati estaba de camino y que podría estar ya aquí. ¿Dónde está Madre? —pregunté.

—Arriba. Lleva toda la mañana soltando risitas como una idiota —dijo Willie.

—¿Crees que lo sabe?

—¡Pues claro que lo sabe! Ya sabía yo que algo pasaba. Dora me dijo que tu madre recibió una llamada hace dos días. Se ha comportado como una auténtica imbécil desde entonces.

Oí la larga toma de aire, la retención, y luego el aleteo de la nariz de Willie mientras expulsaba las volutas de humo.

—Cokie lo sabe. Me ha dejado una nota —dije.

—Bien. Cokie tiene programadas unas cuantas entregas esta noche. Me mantendrá informada. ¿Estás en el restaurante de Sal?

—Sí. Cokie me dijo que los Dukes of Dixieland tocaban esta noche en el Paddock, así que pensé que...

—De ningún modo. No quiero que te dejes ver por el barrio —me ordenó Willie.

—Pero Willie, es Nochevieja —protesté.

—Me importa un comino. Te quedarás en casa, encerrada. ¿Lo entiendes? —dijo.

Vacilé, preguntándome hasta dónde podría llegar.
–He oído que Cincinnati está ahora con Carlos Marcello.
–No te metas en lo que no te llaman –me espetó Willie–.
Pásate por aquí mañana por la mañana.
–Es solo... que me preocupa Madre –dije.
–Preocúpate por ti misma. Tu madre es una zorra estúpida.
Hubo un clic en la línea y la llamada se cortó.

4

—Lo siento —le dije a Patrick cuando volví a la librería.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Tienes manchas rojas en el cuello. Toma, tu adorada página de sociedad está que revienta hoy. —Me lanzó el periódico mientras me sentaba a su lado tras el mostrador. Puso un tono repipi y nasal y se burló—: La señora Blanche Fournet, de Birmingham, Alabama, que está pasando parte de la temporada de invierno en Nueva Orleans, fue la invitada de honor en el banquete ofrecido por sus tíos el doctor y la señora de George C. Fournet. La mesa estaba decorada con hortensias de color azul claro, y todos los adorables invitados se aburrieron como Dios manda.

Me reí y le di un golpe en el hombro con el periódico.

—De verdad, Jo. Tu obsesión con la zona alta y la página de sociedad es ridícula. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que esas mujeres solo son una pandilla de viejas urracas pretenciosas?

Sonó la campanilla y un hombre alto y guapo con un traje hecho a medida entró en el local.

—Buenas tardes —dijo, sonriéndonos y haciéndonos un gesto con la cabeza—. ¿Qué tal?

El hombre hablaba con acento sureño, pero no de Nueva Orleans. Tenía la piel muy morena del sol, lo que hacía que sus dientes y su amplia sonrisa resultaran de un blanco resplandeciente, como Cary Grant.

—Bien, gracias. ¿Está en Nueva Orleans de vacaciones, señor? —le pregunté.

—¿Resulta tan obvio? —dijo el hombre, sonriendo.

—Lo siento, quería decir...

—No se disculpe, tiene razón. Acabo de llegar de Memphis para el Sugar Bowl.*

—¿Es usted futbolista? —preguntó Patrick, fijándose en la altura y las anchas espaldas del hombre.

—Lo fui. Jugaba de receptor en el equipo de la Universidad de Vanderbilt. Solía venir con el equipo, y acabábamos a tortas con los de Tulane. Siempre me encantó. Nueva Orleans era un gran sitio para meterse en líos, y me metí en unos cuantos, para qué negarlo. —Guiñó un ojo cómplice a Patrick, antes de preguntar—: ¿Vais a la Universidad de Tulane?

—Yo acabo de terminar mis estudios en Loyola —dijo Patrick.

—¿Y tú, preciosa? —preguntó el guapetón, mirándome.

¿La universidad? ¡Sí! Me entraron ganas de gritar. Me encantaría ir a la universidad. En su lugar, sonreí y bajé la vista.

—Está intentando aclararse —se apresuró a intervenir Patrick—. Ya sabe, es de esas chicas tan listas que todas las universidades se pelean por ella.

—¿Busca algo en particular? —pregunté, cambiando de tema.

Puse dos dedos discretamente sobre el mostrador, apuntando hacia Patrick. Era un pasatiempo al que jugábamos, intentando adivinar qué tipo de libro querría cada cliente. Mis dos dedos informaban a Patrick de que me apostaba diez centavos a que el señor Memphis estaba interesado por la historia. Patrick cerró su puño izquierdo. Eso quería decir que apostaba por algo relacionado con el deporte.

—Pues la verdad es que sí —contestó, quitándose el sombrero. Su cabello negro brillaba al sol de la tarde que se colaba por el escaparate—. Keats.

—¿Poesía? —dijo Patrick.

* Torneo de fútbol americano que se disputa anualmente en Nueva Orleans. (*N. del T.*)

—Ah, le sorprende, ¿verdad? Bueno, no hay que juzgar un libro por la portada, ya sabe. A los jugadores de fútbol también les puede gustar la poesía —dijo.

—Pues claro —repliqué—. La sección de poesía está por aquí.

—Tengo que irme corriendo —dijo Patrick—. Josie se queda a cargo a partir de ahora. Keats es uno de sus preferidos. Mucho gusto en conocerlo, señor.

—Forrest Hearne —dijo el caballero, tendiendo su mano a Patrick—. El gusto es mío.

Conduje al señor Hearne hacia el fondo de la tienda, donde estaba la alta estantería de libros de poesía.

—Se dice que Keats se enamoró de su vecina —comenté, sin volverme.

—Sí, pero he leído que fue un asunto convulso —dijo, retán-dome—. Keats solicitó que tras su muerte se quemara toda la correspondencia que habían mantenido. Así que supongo que nunca conoceremos la verdad.

Me detuve ante la pila de libros dando la espalda al señor Hearne y rápidamente ojeé los ejemplares ordenados alfabéticamente en busca de la letra «K».

—Aquí está, Keats.

Me giré. El señor Hearne estaba muy cerca, y me miraba fijamente.

—¿La... conozco de algo? —me preguntó, con tono serio—. Hay algo en usted que me resulta terriblemente familiar.

Sentí un hilo de sudor entre mis omoplatos.

—No lo creo. Nunca he estado en Tennessee.

—Pero yo vengo a menudo a Nueva Orleans —dijo, ajustán-dose el nudo de su corbata de seda.

—Debo de tener uno de esos rostros familiares, supongo —dije, apartándome de él y de la estantería—. Avíseme si necesita algo más.

Regresé al mostrador, tarareando, consciente de su mirada, fija en mí mientras avanzaba esquivando las pilas de libros. ¿Cómo iba a resultar familiar a un exjugador de fútbol del equipo de Vanderbilt, en Tennessee, con aspecto de estrella de

cine y al que le gustaba la poesía? Pero su gesto parecía sincero, no como esos hombres zalameros de ojos inyectados en sangre que veía en casa de Willie cuando limpiaba por las mañanas. A veces, si llegaba temprano, antes de las seis, me cruzaba con clientes que salían. La mayoría de los hombres no se quedaban a pasar la noche. Willie siempre decía que no pensaba organizar fiestas de pijamas a menos que estuvieran dispuestos a pagar una buena cantidad por ello. No, casi todos los hombres se marchaban con una sonrisita tras terminar sus cosas. Los hombres que se quedaban toda la noche tenían mucho dinero, pero también les faltaba algo, como si tuvieran un agujero en el alma demasiado grande para parchearlo. La mayoría de las veces, intentaban entablar conversación conmigo antes de irse por la mañana. La charla era incómoda, impregnada de culpa, y por lo general incluía la típica frase de que yo les resultaba familiar. Pero el modo en que lo preguntó el señor Hearne parecía sincero, como si realmente le sorprendiera.

Regresó al mostrador con dos libros.

—Sí señor, este es una buena elección —dije, examinando el volumen de Keats que había elegido.

—Para Marion, mi mujer —dijo.

—Oh, y *David Copperfield*, también.

—Ese es para mí. Debo de tener ya diez ejemplares.

Sonreí.

—Es mi favorito de toda la obra de Dickens —dije—. Es tan estimulante, teniendo en cuenta que *David Copperfield* está basado en la vida de Dickens, que alguien pueda sobreponerse a ese tipo de sufrimiento y pobreza para finalmente alcanzar la felicidad.

Había hablado más de la cuenta. El hombre ya estaba lanzándome esa mirada que yo tanto odiaba. La mirada de «Lo has pasado mal, ¿eh, niña?». Me hacía sentir patética.

Hearne habló en voz baja:

—Sé a qué te refieres. Yo tuve una infancia a lo *Copperfield*.

Lo miré fijamente, sorprendida por que el sofisticado hombre que tenía delante hubiera conocido alguna vez la pobreza o

el sufrimiento. ¿Habría sido capaz de rehacerse? Mi asombro caló en él.

Asintió.

—Las decisiones son lo que moldea nuestro destino. —Sin abrir el libro, comenzó a recitar de *David Copperfield*—: Si soy yo el héroe de mi propia vida o si otro cualquiera me reemplazará...

Asentí y terminé la cita con él:

—... lo dirán estas páginas.

Permanecemos en silencio, sin conocernos, pero entendiéndonos por completo. El claxon de un coche que sonó en la calle cortó nuestras miradas.

Terminé a toda prisa la factura y le enseñé el cuaderno.

—¿Se los envuelvo?

—No, no es necesario.

Sacó un fajo de billetes sujetos con una pinza del bolsillo interior de su traje. El hombre tenía lo que Willie llamaba «una lechuga». Había un montón de billetes que asomaban florecientes de la pinza plateada. Me fijé en su reluciente reloj Lord Elgin cuando me entregó un billete de cincuenta dólares.

—Lo siento —dije en un suspiro—. Me temo que no tengo cambio para un billete tan grande.

—Es culpa mía. Me olvidé de cambiar en el hotel. ¿Aceptáis cheques? —preguntó.

No aceptábamos cheques, a menos que fueran de clientes con cuenta en la librería. Ya nos habían devuelto unos cuantos cheques sin fondos de morosos del Barrio Francés. Un cartel delante de la caja registradora explicaba nuestra política de no aceptar cheques.

—Por supuesto —le dije—. Con cheque está bien.

Asintió agradecido y sacó su chequera junto a una elegante pluma estilográfica. Forrest Hearne nadaba en la abundancia, eso estaba claro.

—¿A qué se dedica en Memphis? —pregunté, intentando sonar relajada.

—Soy arquitecto y promotor —dijo. Firmó el cheque y me lo entregó—. Construyo cosas.

Asentí.

Avanzó hacia la puerta, sin dejar de mirarme con esa expresión perpleja.

—Bueno, gracias por su ayuda y la conversación. Se lo agradezco de corazón.

—Ha sido un placer.

—Y buena suerte en la universidad, elija la que elija. —Abrió la puerta para marcharse y se detuvo de repente—. Casi me olvido... Feliz año nuevo —dijo, alzando su sombrero—. ¡Este va a ser de los buenos!

—Feliz año nuevo —dije, sonriendo.

Y se marchó.